

TESTIMONIO LITERARIO DE LA EMIGRACIÓN

RESEÑA

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

ESCRITORES CANARIOS EN CUBA.
LITERATURA DE LA EMIGRACIÓN.
PALOMA JIMÉNEZ.
LAS PALMAS, CABILDO INSULAR, 2003.

En su origen, este libro quiso ser una tesis doctoral. Con todo lo que ello implica: preferencia por lo expositivo frente a lo analítico; abundante material de referencia; orden estricto de sus diferentes capítulos que, de esa forma, se constituyen en compartimentos estancos; propuestas críticas que sólo se arriesgan cuando hay fuentes y autoridad reconocida que las justifican... Su autora, Paloma Jiménez (Las Palmas, 1968) defendió su trabajo en la Universidad Complutense de Madrid, y obtuvo entonces el Premio Nacional de Doctorado, lo que habla por sí sólo de la brillantez y solidez de su trabajo de investigación. Sin embargo, yo pediría al lector que ahora se acerca al libro de aquella tesis derivado, que haga abstracción de tal servidumbre académica y se detenga a reflexionar en lo que, a mi modo de ver, es la verdadera riqueza y el interés mayor de esta obra de Paloma Jiménez: el palpito humano que ella quiere poner en lugar preferente, a lo largo de su viaje erudito, y por algo se empeña en mostrárnoslo como asunto primordial de este estudio. Que la relación Canarias-Cuba es clave en la historia de este archipiélago, y no menos en la de aquella isla, nadie lo pone en duda. Es más, me parece casi una obviedad para quienes nos movemos en tales cercanías. Y conste que no estoy hablando ahora del ámbito estricto de la literatura; el asunto condiciona la evolución de ambas sociedades y de su particular geografía humana. De ello, en sustancia, trata este libro. Y al abordar ese territorio con la seriedad que lo hace, la autora deja al descubierto tanto tópico, tanta improvisada razón, como muchos aducen cuando pretenden simplificar en vez de explicar tan largo y fructuoso intercambio histórico, social y cultural.

Veamos el título: *Escritores canarios en Cuba. Literatura de la emigración* (Cabildo Insular. Las Palmas, 2003). Por ese orden, precisamente. Primero, el escritor y su razón; después, la obra y su testimonio. Escritores que son emigrados: por motivos diversos, se desplazan, desde esta región insular es-

pañola, a aquella isla del Caribe. Una constante histórica, recurrente desde el mismísimo siglo XVI, aledaño al descubrimiento; no por casualidad, sin embargo, los flujos migratorios que interesan a nuestra autora son los que se producen en el tránsito entre los siglos XIX y XX, contexto crucial de la emancipación e independencia de la última colonia americana. Estos escritores canarios conforman una galería de retratos, que recorreremos en la primera parte del libro: vidas copiosas o intrascendentes; existencias azarosas o previsibles. Sin embargo, todos se dan un “aire de familia”. Basta indagar —como hace Paloma Jiménez con cuidadosa dedicación— en la cronología y en la peripecia y en los títulos publicados por cada uno. Escritores, insisto, cuyas vidas se entregan a una existencia inexplicable sin el contexto humano y político de su tiempo. Responden al perfil de la época: racionalistas y liberales, con destacada actividad pública y decidida voluntad de cambiar las cosas. Si es así —y así es— por qué no entrar en el análisis de las crónicas periodísticas de quienes las escribieron. Paloma Jiménez sólo alude a ellas junto a “otro tipo de textos” que no considera “estrictamente literarios”. ¿Qué forma más literaria —en ese tiempo y en ese ámbito ideológico y estético— que la crónica periodística? En Hispanoamérica, sin ninguna duda; pero es que, en Canarias, fue género *de obligado cumplimiento* para los más destacados escritores de las islas, desde *Alonso Quesada*

a Francisco González Díaz; desde Luis Benítez Inglott a Domingo Doreste, *Fray Lesco*; desde Miguel Sarmiento a José Suárez Falcón, *Jordé*...

Escritores que son, pues, su biografía. Personajes muy significados, por su mayor o menor implicación en la cosa pública, bien porque se nutrieran de la corriente *regionalista* dominante en la escritura literaria insular del tiempo, bien porque encontraran en Cuba terreno propicio para continuarla, durante los plazos decisivos que allí les tocó vivir. En ambos casos, voluntarioso empeño por intervenir en el cambio histórico inmediato y consecuente limitación estética a causa de dicha servidumbre. Lo subraya Paloma Jiménez, con palabras de María Rosa Alonso: “ideario político de perdedores [el de los regionalistas canarios] (...) lo que levantará, lógicamente, un complejo sentimental de resentimiento”; y a continuación la autora anota —con gran tino— la pobreza literaria de ese discurso “fragmentario y disperso, que ha sido relegado a la sombra, condenado al silencio”. ¿Por qué, pues, reivindicarlo? No hay más que seguir el rumbo trazado en esta carta de navegación tan precisa, que Paloma Jiménez completa en su libro: para estos escritores, insistirá, lo primordial no es tanto el riesgo o aventura estética como el acierto al elegir una serie de temas que, en ese momento, pedían a gritos una manifestación literaria; ello es, requerían ser tratados públicamente como parte sustantiva de la profunda crisis social e



histórica de fin de siglo, en el ámbito tardocolonial.

En consecuencia, si Paloma Jiménez quiere arrojar luz sobre aquel rincón de sombras o dejar que se oigan las voces de escritores tanto tiempo silenciados, es —como ya adelanté— porque reconoce la estrecha vinculación que existe entre tales propuestas literarias y una experiencia existencial tan próxima, y nada ajena, a la peripecia vivida por cada uno de estos escritores. Ahí, el verdadero valor testimonial de esta escritura, y no tanto —como suele male emplearse el término— porque procuren seguir un dictado ideológico determinado. Hace nuestra autora un oportuno discrimen entre la orientación de los poetas y las propuestas de los narradores, sobre el cual habremos de volver. Pero, en unos y en otros, queda en evidencia —quiero significarlo— la doble perspectiva desde la cual escriben; doblez sin la cual será imposible explicar, de modo suficiente, las razones que hacen poetas a los unos e impulsan a los otros a contar esa peripecia que, en muchos casos, protagonizan pero en la que, siempre, estarán presentes como testigos excepcionales; es más, la entienden ya como cosa suya, pues no tienen conciencia de ser extranjeros en la nueva tierra. Que no han llegado a lugar ajeno es cosa obvia: Cuba formaba parte aún de la Corona española. Pero el carácter tan peculiar de la inmigración canaria —y la autora lo explica cuidadosamente y por extenso, con la ayuda de abundante bibliografía sobre este asunto— hace mayor

dicha proximidad, que es verdadera familiaridad con el mundo al que llegan y con las gentes a las cuales, a partir de ese momento, unirán sus destinos.

Entremos, pues, en materia. En la materia de estos autores; en ese espacio temático por ellos abordado, y en donde son fácilmente perceptibles sus razones para escribir y, en cierto modo también, los hallazgos —bien que limitados— de sus obras. Los poetas (mejor, quienes optan por la poesía) se dejan llevar por la nostalgia de la pequeña patria que han abandonado; sus versos hablan, una y otra vez, de “la tierra común, el dolor por los seres queridos ausentes, los eventos históricos nacionales (...) las cuestiones sociales de actualidad”. Se dirá: poesía de circunstancias; recurrencia de ciertos tópicos propios de un sentimentalismo tardorromántico; idealización mentirosa de la realidad... Porque, en estos poemas de más bien torpe factura, hay demasiada complacencia en el paisaje o en el hogar que se ha dejado atrás, en aquel reducto espacial que se identifica con el lugar encantado de la infancia o del entusiasmo juvenil. Bien hace Paloma Jiménez en poner las cosas en su sitio, en no dejarse llevar por una práctica errónea, muy común en la crítica sobre el siglo XIX canario: disculpar las carencias estéticas, la torpeza literaria y el mimetismo flagrante con formas de un romanticismo decadente o de un costumbrismo insustancial, creyendo defender así una diferencia identitaria, que no es entonces cuando de verdad se

manifiesta, sino en la particular manera que adquiere en las islas el modernismo. Nuestra autora deja bien claro, en todo momento, que no puede hablarse de una aportación literaria significativa, y que si a estos escritores acude es porque –con la excepción de quienes más cercanos se hallan al modernismo, precisamente– dejan el testimonio de esa poesía de la emigración que en su libro quiere revisitar.

Pero, entre los tópicos señalados, hay uno que tiene una particular significación. De un lado, porque abunda en el testimonio de la experiencia de desarraigo que toda emigración supone; de otro –y en este sentido me parece de primordial importancia– porque nos explica mucho del carácter sustantivo de la insularidad y del comportamiento cultural de ella derivado. Constante, en todos los ejemplos a los que se refiere Paloma Jiménez, es la figura de la mujer (madre, esposa, novia) cuya pérdida o lejanía lamenta ese yo que se expresa a través del poema; y a la que también identifica con el motivo mayor para ansiar el regreso o para lamentar que sea imposible. Argumentalmente, no tendría mayor trascendencia este asunto. Pero sucede que esa mujer (seno o centro maternal) se relaciona directamente con la isla también perdida, y de esa manera la condición *femenina* del lugar revela en qué consiste la fuerza centrípeta que ata al insular *a las faldas* de su mundo, a ese espacio protector, en donde indefectiblemente busca refugio al primer contratiempo o ante cualquier situación –mental o sentimental– que deba afrontar a lo largo de su experiencia fuera de las islas. Un complejo de inferioridad que, hasta no desprenderse de él absolutamente, puede con el insular siempre, y limita el desarrollo de su potencial existencia. Asunto que, todavía hoy, condiciona el comportamiento social y cultural del isleño.

Paloma Jiménez no se detiene en este análisis; pero insiste en la función que desempeña la mujer en dicho contexto social y afectivo, tal y como se manifiesta en las obras que estudia: “garantizar –escribe– la *permanencia* y difusión de los *hábitos culturales* (...). La *endogamia* canaria refuerza los vínculos internos dentro de la comunidad y transmite la *cultura local* (...); es una indiscutible garantía de *preservación* e incluso de *perennidad* de la diferencia social y étnica de una comunidad”. Insisto, nuestra autora dice esto para señalar el papel aglutinante de la mujer dentro de la nueva sociedad a la que los emigrados se incorporan, y apoya su afirmación –concretamente– con los estudios del profesor Hernández González en torno a este asunto. Sin embargo, yo he subrayado por algo: es fácil colegir que la fuerza centrípeta, a la que siempre se alude cuando se quiere caracterizar la identidad cultural de las islas, tiene que ver con la preservación y mantenimiento de lo propio, con esos “vínculos internos” que condicionan estrechamente el comportamiento social y las inclinaciones culturales del insular canario, a quien –a causa de ese nexo matriarcal tan sólido– le cuesta demasiado desprenderse de su rutina; es más, se le considera extraño entre los suyos cuando logra desligarse de esa presión endogámica tan exigente.

Como ya dije, Paloma Jiménez señala la diferencia entre los poetas y los narradores. Para los primeros –escribe– “ocupa un lugar preponderante [la] imagen de Canarias (...) [como] evidencia [de] un frágil mundo de transición”; por su parte, “la realidad cubana, su historia, sus costumbres, serán la materia con que estos canarios moldearán sus ficciones narrativas siguiendo los modelos en boga en la Cuba de su tiempo”. Que en esos relatos se encuentren algunas ocasionales alusiones a Canarias, no tiene mayor significación; sí la tendrán –por contra; y mucha– lo que revelan de las peculiaridades “de la sociedad isleña establecida en Cuba”. Los títulos de las distintas novelas o colecciones de relatos que nuestra autora comenta, porque los entiende más destacados o de mayor entidad literaria, pueden ayudarnos a reconocer cuanto –más allá de lo meramente costumbrista o lo pretendidamente histórico– importa en estas obras. Claro que se manifiestan las costumbres cubanas a lo largo de las peripecias contadas; o bien evidente resulta el fondo histórico sobre el que las mismas discurren: son los años decisivos del último cuarto del siglo XIX, y marcan de modo inequívoco a los cubanos de nación lo mismo que a cuantos allí residen, en aquellos amenes de la colonia.

Pero, también aquí, el palpito humano, la vinculación existencial del autor a cuanto en la peripecia de su ficción nos dice, es muy superior a la trama argumental, tan simple y tópica siempre, tan truculenta muchas veces: aquélla encierra verdad y, sobre todo, ahonda en la complejidad innegable que carga dicha verdad. En este sentido, debe destacarse la disposición –implícita en el relato– que el narrador canario de la emigración muestra para integrarse en la nueva sociedad; y, de modo paralelo (al tiempo que es un elemento muy eficaz para explicar dicha relación), la equidistancia desde la cual observa la realidad que le sirve de referencia, que es de los otros pero que, al propio tiempo, reconoce como suya. En este orden de cosas, adquieren particular relevancia –y así los destaca Paloma Jiménez– los temas que estos narradores aciertan a elegir para sus obras. En primer lugar, la lucha por la abolición de la esclavitud. No podría ser otro que Andrés Avelino Orihuela (1818-1873/1887?), dada su peculiar biografía y su indomable personalidad, quien abordara dicha cuestión; dejándose llevar quizá –lo explica muy bien nuestra autora, que no olvida los trabajos al respecto del profesor Pablo Quintana– por una impulsiva sentimentalidad, por una valoración simplista y maniquea, convocando a personajes de una pieza (más bien, tipos), cuyos comportamientos resultan, en consecuencia, excesivamente tópicos. No se olvide que Orihuela había traducido, en 1852, *La cabaña del tío Tom*, de Harriett B. Stowe.

De todas maneras (esto habría que anotar en el *haber* de la doble perspectiva con que el escritor canario, por serlo, se asoma a la realidad cubana), Orihuela presta especial atención a la complejidad social y racial a la que debe enfrentarse aquella lucha abolicionista a la que, apasionadamente, se refiere en su novela *El sol*



Como ya dije, Paloma Jiménez señala la diferencia entre los poetas y los narradores. Para los primeros –escribe– “ocupa un lugar preponderante [la] imagen de Canarias (...) [como] evidencia [de] un frágil mundo de transición”; por su parte, “la realidad cubana, su historia, sus costumbres, serán la materia con que estos canarios moldearán sus ficciones narrativas siguiendo los modelos en boga en la Cuba de su tiempo”. Que en esos relatos se encuentren algunas ocasionales alusiones a Canarias, no tiene mayor significación; sí la tendrán –por contra; y mucha– lo que revelan de las peculiaridades “de la sociedad isleña establecida en Cuba”. Los títulos de las distintas novelas o colecciones de relatos que nuestra autora comenta, porque los entiende más destacados o de mayor entidad literaria, pueden ayudarnos a reconocer cuanto –más allá de lo meramente costumbrista o lo pretendidamente histórico– importa en estas obras. Claro que se manifiestan las costumbres cubanas a lo largo de las peripecias contadas; o bien evidente resulta el fondo histórico sobre el que las mismas discurren: son los años decisivos del último cuarto del siglo XIX, y marcan de modo inequívoco a los cubanos de nación lo mismo que a cuantos allí residen, en aquellos amenes de la colonia.

Pero, también aquí, el palpito humano, la vinculación existencial del autor a cuanto en la peripecia de su ficción nos dice, es muy superior a la trama argumental, tan simple y tópica siempre, tan truculenta muchas veces: aquélla encierra verdad y, sobre todo, ahonda en la complejidad innegable que carga dicha verdad. En este sentido, debe destacarse la disposición –implícita en el relato– que el narrador canario de la emigración muestra para integrarse en la nueva sociedad; y, de modo paralelo (al tiempo que es un elemento muy eficaz para explicar dicha relación), la equidistancia desde la cual observa la realidad que le sirve de referencia, que es de los otros pero que, al propio tiempo, reconoce como suya. En este orden de cosas, adquieren particular relevancia –y así los destaca Paloma Jiménez– los temas que estos narradores aciertan a elegir para sus obras. En primer lugar, la lucha por la abolición de la esclavitud. No podría ser otro que Andrés Avelino Orihuela (1818-1873/1887?), dada su peculiar biografía y su indomable personalidad, quien abordara dicha cuestión; dejándose llevar quizá –lo explica muy bien nuestra autora, que no olvida los trabajos al respecto del profesor Pablo Quintana– por una impulsiva sentimentalidad, por una valoración simplista y maniquea, convocando a personajes de una pieza (más bien, tipos), cuyos comportamientos resultan, en consecuencia, excesivamente tópicos. No se olvide que Orihuela había traducido, en 1852, *La cabaña del tío Tom*, de Harriett B. Stowe.

De todas maneras (esto habría que anotar en el *haber* de la doble perspectiva con que el escritor canario, por serlo, se asoma a la realidad cubana), Orihuela presta especial atención a la complejidad social y racial a la que debe enfrentarse aquella lucha abolicionista a la que, apasionadamente, se refiere en su novela *El sol*



de Jesús del Monte (1852). No se trata, por tanto, de una simple confrontación racial; porque no existía una clara frontera entre los amos blancos y los siervos negros, la diversidad social de la población blanca y de color generaba extrañas relaciones entre ellas. La autora hace muy bien en explicar esto, a partir de diferentes estudios históricos y sociológicos, y acaba por dejar bien sentado que la trama argumental (amores del protagonista, Eduardo, con la mulata Matilde, en una sociedad marcada por los prejuicios raciales) se propone como un pretexto para que el autor tome postura ante los primeros seísmos políticos producidos (hacia 1844, “Año del Cuerdo”) en una sociedad que se encamina, sin vuelta atrás ya, hacia su definitiva emancipación. Por eso, tal vez sea limitar la intención de una novela como ésta, aceptar el subtítulo de “novela de costumbres cubanas”. Cuando Orihuela se esfuerza por mostrar la diferencia entre criollos y peninsulares, haciendo hincapié en el lenguaje de las gentes, en el baile o en la brujería, no parece que su intención sea reproducir “de manera grata el color local”, sino subrayar aquella distancia entre ambas sociedades, cuanto determina la condición plural y mestiza del mundo de la colonia, en vez de caer en la simplificación que el costumbrismo como género había implantado, falseando la identidad nacional que pretendía defender, o quizá sólo exaltar sentimentalmente.

La historia del momento es otro asunto destacado por Paloma Jiménez,

en la obra de estos narradores canarios en Cuba. Historia que se utiliza como marco o atmósfera dentro del cual desarrollar la peripecia novelesca; pero que —aun así— resulta un elemento condicionador de la acción y de los comportamientos de los personajes. “Novela histórica contemporánea” subtituló el tinerfeño Aurelio Pérez Zamora (1828-1918) su *Sor Milagros o secretos de Cuba* (1897), narración en donde amores y aventuras se cruzan con la corrupción política colonial, la criminalidad de los bajos fondos y la situación vivida por la sociedad cubana como consecuencia de las pretensiones anexionistas de los Estados Unidos. Novela de escasa calidad literaria, según nos advierte la autora, aduciendo otros testimonios críticos: el autor se inclina por el modelo folletinesco, “abusa del misterio y el secreto como estructurantes de la trama, y de la coincidencia, la casualidad, la sorpresa y lo repentino para engarzar los hechos y anunciar lo que va a ocurrir, siempre previsible”. Novela, en fin, cuyo mérito *histórico* mayor acaso “sea el haber dado vida literaria a ciertos personajes de la tradición popular”. Con la historia también se las verá Pedro Trujillo de Miranda (1875-1930), que nos acerca a las dos guerras de independencia entendidas “como parte del mismo proceso liberador”. *Caridad del Cobre* (1913) cuenta una nueva historia de amor imposible, cuya intención alegórica es más que evidente si pensamos en los protagonistas, “una joven cubana (Caridad) y un viejo español, su protector (el capitán



España)”; o si nos fijamos en los años en que transcurre la acción (1860-1898); o si advertimos la implícita moraleja que Trujillo Miranda propone: “los jóvenes se independizan de lo nuevo”.

Pero este último autor —que subtitula esa novela como “de costumbres cubanas”— desarrolla historia y costumbres, simultáneamente, en otros dos libros cuya temática resultará especialmente reveladora, por lo que de *novelisco* pueda tener y —sobre todo— porque, a través de ella, llega al fondo de la cuestión histórica en su clave social y existencial, mucho más importante, sin duda, que la trama convencional de acontecimientos, fechas y conflictos políticos que conocemos. Más aun, el narrador desvela con ello (y lo convierte en destacado motivo literario) el nexo primordial entre la emigración canaria y la nueva sociedad en la cual debe integrarse. Creo que Paloma Jiménez, que estudia con pormenor la obra de Trujillo, no se detuvo lo suficiente —aunque lo señala de modo muy oportuno— en la intención explícita de este escritor al llamar Caridad a su protagonista y hacerla originaria del Cobre. Anota la autora: “Aunque la protagonista femenina se llama Caridad y, significativamente, ha nacido en el Cobre ([...] donde se iniciaron los conflictos bélicos en pro de la independencia), creemos que este personaje debe asimismo el nombre a la Virgen, aunque bien pudiera tratarse de un juego de palabras”. No parece casualidad; la intención alegórica del autor queda así confirmada.

Y claro que toma el nombre para su protagonista de la Virgen patrona de Cuba; pero con voluntad de poner al tablero, además del referente nacional, lo que la propia Paloma Jiménez explica: ese culto a la Virgen nacido —en paralelo con otros de Hispanoamérica: la mexicana Virgen de Guadalupe, el ejemplo más sabido— de un sincretismo religioso entre la fé cristiana y las creencias indígenas; que en Cuba tiene la peculiaridad de sumar también lo africano: cultos a María (católico), a Atabey (taíno) y Ochún (yoruba) que vinieron a configurar “una temprana muestra del deseo integracionista criollo”. Hago esta precisión porque el propio Trujillo de Miranda continuará narrando, en las otras dos obras comentadas por Paloma Jiménez, la clave social y existencial de aquella historia compartida por cubanos y canarios, en lo que a ese fondo de memoria ancestral se refiere. *Flores del Ariguanabo* (1917), dice su autor, quiere ser “un humilde estudio de las supersticiones humanas”; y, en efecto, es novela en donde Trujillo aprovecha sus conocimientos y su interés por el esoterismo y las ciencias ocultas, para entrar en el ámbito de la santería y del peculiar mestizaje anudado en esos cultos religiosos que se intercambian y superponen en sorprendente mescolanza. Mestizaje y rituales religiosos que, a su vez, le sirven para poner en claro la natural integración del insular canario en la sociedad, sobre todo rural, de la Cuba de fines del siglo XIX.

Venían esos emigrantes con su estrecha vinculación endogámica, con su

orden matriarcal en donde la mujer, además, era depositaria de la memoria popular ancestral. ¿Qué dificultad podría haber para que entendieran, aceptaran y compartieran prácticas religiosas lindantes con la superstición o la brujería? Bien se comprende, así, que –como explica Paloma Jiménez– la sociedad colonial diferenciase al isleño del peninsular, que “los canarios [fueran] considerados como un pueblo criollo pues se habían constituido, en la misma medida que América, como una colonia española poblada y ocupada por hispanos y formada por conglomerados étnicos y sociales heterogéneos”. Y en el mismo orden de cosas, nos encontramos con otra faceta de la integración isleña en Cuba; otra actividad –social y económica ésta, pero no menos generadora de la misma identificación colectiva– que Pedro Trujillo aprovecha para contar el mundo de la emigración canaria: el tabaco. *Capas y tripas. Cuentos de tabaquería* (1903) son relatos, casi fábulas nos advierte Paloma Jiménez, donde la ficción se trenza con la actividad tabaquera: la mujer vuelve a contar con un notado protagonismo; pues los isleños también fueron decisivos en el trabajo de las vegas tabaqueras, ayudaron a conformar aquella nueva clase social nacida de tan peculiar economía e iniciadora de “las luchas sociales y políticas del país”.

Sociedad y colectividad laboral que tiene sus propios modos de comportamiento y una “especial forma de habla en la que se maneja un léxico particular”; pero donde, sobre todo, habrá de nacer una forma de narración popular y oral, de la que estos cuentos son tributarios, en donde las historias sencillas de ambiente cotidiano y la particular tonalidad de la voz narradora serán fundamentales. Dice Paloma Jiménez: “quizá no sea descabellado pensar que este libro de cuentos tuviera la misma finalidad, la de ser leído en las fábricas de tabaco”, práctica –como se sabe– promovida por los propios trabajadores que pedían los títulos que deseaban oír mientras cumplían su horario laboral. Algo más que una posibilidad, si –como la autora señala– Pedro Trujillo de Miranda estuvo vinculado a aquel negocio, hasta el punto de fundar y dirigir la revista *El Tabaco*, la única publicación comercial de su tiempo. Pero, sobre todo, y como Paloma Jiménez concluye, porque este y los otros testimonios literarios por ella estudiados nos confirman cuanto desde el principio he subrayado: esta obra literaria medio olvidada quizá no suponga aventura estética alguna; tal vez abuse de una serie de tópicos que despersonalizan su escritura; puede que no lleguen a hacer historia en el curso de la literatura de su tiempo... Ahora bien, su testimonio humano, su cercanía existencial, su conciencia de haber establecido una perspectiva doble e inédita sobre aquel tiempo y aquella historia, resultan motivo suficiente para que Paloma Jiménez nos haya invitado a revisitarla con su acertada y reveladora lectura.

